

VIVIR EN MADRID

Jean Daniel

Jean Daniel, director de nuestro colega "Nouvel Observateur", se entrevistó la semana pasada con don Juan Carlos. La personalidad de Jean Daniel como periodista y ensayista —"Le temps qui reste"— añade un interés suplementario a un texto ya de por sí interesante como es la entrevista con don Juan Carlos. Hemos procurado, en los momentos del cierre de la revista, publicar la mayor extensión posible del texto.

CLAVADO en la pared, en el minúsculo despacho del Rey Juan Carlos de España, un cuadro de Salvador Dalí que recuerda que ese "clown" franquista tiene también talento. Sobre una mesa estilo directorio, copas, medallas deportivas, una aguja náutica. El desorden de la salita es un desorden vivo, cuidado. Se diría la habitación de un estudiante americano del Massachusetts Institute of Technology de Boston. Impresión claramente confirmada cuando entra el Rey con su aire de cahepeón de natación.

Le pregunto: "¿Es usted monárquico?". Franca carcajada. Ese hombre de treinta y ocho años tiende a la natalidad. El hecho de ser de sangre real (por doble partida: Carlos de Borbón y Borbón) le permite reservar para ocasiones más serias la famosa susceptibilidad castellana. Tanto tiempo hubo de pasar inmóvil junto a Franco que ha acabado por aprender a no inmutarse. Contesta: "Siempre me he preguntado qué quería decir ese término 'monárquico'. Uno no puede serlo para todos ni en todo lugar. Sencillamente creo de utilidad para mi país la instauración de una monarquía parlamentaria. El 15 de diciembre el pueblo dirá en referéndum, si, como creo, está de acuerdo conmigo en ese punto".

Por el momento, la oposición propugna la abstención para protestar contra las condiciones del referéndum: no hay libertad en la radio ni en la televisión. Se prevé que el Rey dispondrá en cualquier caso de una cómoda mayoría que aprobará su modo de decir "adiós a la dictadura", según expresión de los grandes diarios madrileños. Insisto: "¿Qué sintió usted cuando murió Malraux?".

—Hay un dicho español, responde, para semejantes circunstancias: "El viejo y santo varón nos abandona". Es lo que sentí ganas de decir. Me ha impresionado fuertemente la intensidad de la emoción que suscitó en Francia.

—¿Un santo? Sin embargo, Malraux y España...

El heredero de Franco responde: "Era un grandísimo escritor. Yo le admiraba muchísimo". ¡Nada más! Es la segunda muerte de André Malraux.

Pienso personalmente que para un periodista no hay tabú que valga. Debemos ir a todas partes y ver a quien sea. Sin embargo, un día hice una excepción. Tuve la ocasión de ver a Franco y me negué. Aunque fuera para decir algo malo. Tal vez porque los primeros fuegos de mi adolescencia coincidieron con el estruendo de la guerra civil y porque el primer muerto del que tuve noticia fue alguien que cayó en Teruel. Por todo ello, por fidelidad a Malraux y a la República española asesinada, me prometí evocar las sombras familiares en la mismísima Zarzuela, el palacio real. Pólvara mojada. Escrupulo solitario. Mi real interlocutor no pudo ver nada que encerrara la mínima provocación. ¿España? La décima potencia económica del mundo. Una sociedad de consumo con todas sus contradicciones. Es decir, un millón de huelguistas, unos cuantos millones de frustrados, unos pocos millones de pudientes. El Rey quiere conseguir la entrada de España en el Mercado Común. El primer precio que hay que pagar es el de la democracia. También es probablemente, como dice Felipe González, jefe del partido socialista mayoritario, el precio que hay que pagar para que la monarquía cuente con el apoyo popular frente a una extrema derecha ultra y una clase obrera cuya combatividad se despierta ahora. He dejado hablar largo y tendido a Juan Carlos de Borbón y he terminado por olvidar lo inolvidable: su presencia pasiva y aquiescente junto a Franco ese famoso día de septiembre de 1975 en el que se fusilaron cinco jóvenes revolucionarios. Manifiestamente, este Rey quiere ser un comienzo. Ya no asume la herencia.

Es la impresión que de él se han llevado el Presidente progresista de Venezuela y Nahum Goldmann, presidente del Congreso judío mundial. Por primera vez desde hace siglos, España ha reanudado con el judaísmo. Los comunistas responden: no basta con renunciar a la herencia, hace falta además no sustituir la dictadura por un despotismo paternalista y neoliberal. Los socialistas toman nota de los progresos y se reservan el juicio. El consejo que con mayor frecuencia he escuchado en Madrid es el de que existe realmente un baremo para valorar la acción de Juan Carlos. Consiste en no olvidar nunca que el franquismo no fue derribado, sino que Franco murió en su propio lecho. No ha habido revolución. No han sido las luchas populares a pesar de su carácter muchas veces heroico las que han conseguido suavizar en algunos momentos la dictadura. Han sido el turis-

mo y el desarrollo industrial. Y, gracias a los Bancos americanos y las sociedades multinacionales que dominan el país, el paso del feudalismo al capitalismo. Horrible, pero cierto. Indignante, pero real.

Cuando murió Franco, todo siguió en su sitio. El Ejército, la Policía. La milicia. Las instituciones. Muy bien pudo haber un heredero de Franco como hubo, en la persona de Caetano, un heredero de Salazar. Es posible que, ante las dificultades, Juan Carlos sienta tentación de dar marcha atrás y asumir el papel de un Caetano. En ese caso tal vez sí se produjera después una revolución. Pero lo cierto es que hasta ahora no la ha habido. Existe, sin duda, una gran presión popular y un gran activismo por parte de la Iglesia. Pero hasta ahora, las transformaciones y los progresos, por modestos que sean, han venido de arriba. Exactamente de la Zarzuela. (...)

Un ejemplo de las incertidumbres en que se mueve Juan Carlos en su andadura radica en la autorización que ha dado al Partido Socialista de Felipe González para celebrar el congreso de su partido e invitar al mismo a todas las personalidades de la II Internacional que se reunieron en Ginebra. Desde el canciller Kreisky de Austria hasta François Mitterrand. El Rey expresó personalmente el deseo de recibir oficialmente a Willy Brandt, presidente de la Internacional. Pero cuando se supo que entre los invitados figuraba el ex primer ministro sueco Olof Palme, un diario de la derecha publicó un documento demostrativo de que el jefe de los socialistas suecos había proclamado su solidaridad con los terroristas españoles. De hecho se trababa de solidaridad con los socialistas (...).

¿Reconocerían el Rey y su Gobierno al Partido Comunista si no temiesen las reacciones del Ejército y de la extrema derecha? Sus amigos llamados de izquierda quisieran hacémoslo creer. Otros exageran. Como Jean-François Revel cuando escribe con toda serenidad que bastaría a Santiago Carrillo ofrecer las pruebas de que su partido comunista "no obedece órdenes de un país extranjero" ni "trata de establecer un régimen totalitario" para conseguir la legalización. Aunque a Adolfo Suárez, que es de Avila, le hayan bautizado como el "último milagro de Santa Teresa" por su asombrosa capacidad de adaptación a cualquier circunstancia, no parece, sin embargo, que tenga prisas por arrojarle al cuello de los comunistas. Lo que a cambio parece cierto, según un diplomático nórdico destacado en Madrid, es que Juan Carlos y Adolfo Suárez estiman que el Partido Comunista no representa más del 5 por 100 del pueblo español. Y se atribuye al Rey la intención, para demostrarlo, de iniciar un proceso que debe conducir a la legalización del Partido Comunista antes de las elecciones de 1977.

Por el momento, Santiago Carrillo entra y sale de España como le da la gana. Y gracias a una notable organización da incluso conferencias de prensa cuando no concede entrevistas a alguna emisora de radio clandestina. Carrillo sólo pide que se le permita aceptar el desafío. Está seguro de euperar el 15 por 100 de representatividad. Ello a pesar del efecto desastroso de la revolución portuguesa entre la clase rural española. Ahora se comprende mejor por qué el secretario del Partido Comunista adoptó durante los sucesos de Portugal una postura tan hostil hacia el Partido Comunista de ese país. (...)

De las cincuenta y tres formaciones políticas hay una decena de partidos socialistas, lo que constituye un drama. En el origen de la guerra civil hubo, claro está que entre toda una serie de causas desencadenantes, la fragilidad de una joven República desgarrada por la competencia de dos grandes jefes socialistas, Largo Caballero e Indalecio Prieto. ¿Cuántos de los dramas que se dan en el mundo no tienen también en su origen una división del movimiento socialista?... De ahí que cuando hoy vemos cómo un universitario tan respetado como el socialista Tierno Galván denuncia el "sionismo" de la II Internacional Socialista como base de su desacuerdo con Felipe González —y lo hace en el momento mismo en que los socialistas suecos y austríacos se preocupan de establecer vínculos entre la izquierda israelí y la resistencia palestina—, a uno le da miedo pensar en los riesgos que asumen nuevamente los aventureros de la diáspora socialista. Felipe González lo lamenta en vano.

Ello es tanto más preocupante cuanto que el margen de maniobra que le deja el pueblo español con o sin Juan Carlos es bastante reducido. No se trata de saber si se va a hacer o no la revolución, sino, y esto es algo que entienden muy bien Carrillo y González, qué clase de democracia van a tolerar los americanos. En Washington fui testigo de bastantes vacilaciones con relación a Yugoslavia; pero cuando se trata de España ni Kissinger ni nadie se lo toma a broma. Los americanos controlan ya económica y militarmente a España y no piensan soltar prenda. Están en país conquistado. Nuestro colega de TRIUNFO publicó en cierta ocasión un chiste bastante aleccionador. En él aparecían unos militares americanos que declaraban: "¡Qué curioso y qué imprudencia que los españoles hayan construido una ciudad como Madrid a sólo 15 kilómetros de nuestra base nuclear!". Esta base es una de las más importantes del mundo. El cinismo estratégico es aquí total. Como es también total la ingenuidad de quienes, imperturbables, lo mismo en España que en Francia, pretenden poder ignorar los corsés cada vez más temibles de la nueva geopolítica.